

Gonzalo Martre<sup>#</sup>

Yo sé quién es el autor de la novela del siglo, esa de pastas rojas que escapó de la mano al pendejo de D'Orphila, por indeciso. ¿Por qué no la imprimió y, ya lista, buscó al autor? Aunque debo decirlo, la novela del siglo, la ópera magna no fue tarea de un genio solitario y tampoco deliberada tarea de un colectivo; es la *opus excelsum*, la quinta esencia del talento de varios autores marginados, de esos que jamás cita el fatuo de Huebodrio Escalfado en su reseñita de *Proceso*, ni Francisco Lentejas en su venal columna diaria de *Excelsior* y, mucho menos, el erobilioso Mamerto Batis en su crónica semanal de *Sábado*, y apenas Miguel Troncoso Coteja muy esporádicamente en *El Día*. Ninguno de esos autores parias de la literatura ha tenido la deshonra de leerse reseñados en *Diálogos*, *Revista de Bellas Artes*, *Revista de la UNAM* o *Vivita*, cuyos directores –cabezas de camarilla literaria– sólo se ocupan de sus paniaguados.

Esa extraordinaria creación –obra cumbre de las letras mexicanas– se debió al Balleno, el mismísimo Balleno, profesional de los agasajos editoriales, venerador del Baco literario o pictórico, nómada de las galerías, esfinge de las tertulias literarias y miembro de número en los presupuestos cocteleros de la cultura.

El Balleno no fallaba a los cocteles anuales de D'Orphila desde que se hacían en la casona de Gabriel Mancera, siempre con abundancia de figurones y relumbretas de la literatura nacional y de la errante; buen surtido de whiskies y vodkas de importación, de charolas rebosantes de bocadillos exquisitos. ¿Cómo iba a perder esa oportunidad de beber fino, de comer auténticas gambas con gabardina, salamis húngaros, salchichas de Westphalia, pulpos del Mar Rojo, merluzas de la Antártida e hígados de pollo envueltos en tocino español y chorreando queso gruyere derretido? ¿En qué otro coctel intelectual ofrecían bebidas y manjares iguales?

<sup>#</sup> Escritor.

Porque cocteles de otra índole y de más riqueza culinaria los había diariamente en cantidades insospechadas y en salones fastuosos de los grandes hoteles de lujo de la inmensa y corrupta capital. Cocteles de políticos, de vendedores, de compradores, de gerentes y subgerentes, de secretarías ejecutivas y de secretarías zorras, de rotarios, de leones, de sembradores de la amistad y de sembradores de odios, de ciegos, de cojos, de cogidos y cogidas, de veinte putas y un maricón y de veinte maricones y una puta, en fin, que la gama de los cocteles era infinita, pero todos, todos inaccesibles porque requerían invitación (muchos con identificación) y ropa elegante. No quiero decir traje, el convencional y anticuado traje de tres piezas, camisa blanca y corbata a la moda. No, el traje podía pasar a segundo término, pero no así la calidad de la ropa. ¿De chamarra? De chamarra pues, pero de chamarra de antilope, cuya calidad “Reforma Agraria” es fácilmente perceptible en el área de recepción. Pues ni conjunto, ni siquiera una chamarrita furris, el Balleno iba a los cocteles de playera, la cual, ni muy limpia ni muy nueva, apestaba a Lagunilla desde varios metros, en consonancia el pantalón –sólo tenía dos–, y los zapatos –con mucha frecuencia tenis–, y los calcetines de colores distintos con más agujeros que tela.

Aquí es donde debo dar pormenor del motivo o motivos de su penuria. Cuando ocurrió la aparición de aquella ópera magna, el Balleno cumplía treinta y tres años de edad. Si a los tres años dedicados a la escuela se suman sus seis primeros años de vida y se disminuyen el total de su edad, se deduce que el Balleno tenía 24 años de no trabajar, una cifra muy encomiable, un historial cuya reputación no cualquiera puede alcanzar.

Durante los seis primeros años de su paupérrima existencia, el Balleno no pudo ir al jardín de niños por falta de ropa. En casa no había dinero para comprarle calzones al niño, quien así en verano como en invierno la pasaba desnudo día y noche en el patio de la antigua vecindad de la calle de Art. 123. Haber nacido y haberse criado en esa calle conmemorativa de la Ley Federal del Trabajo –la estafa constitucional por antonomasia–, fue el trauma que lo llevó a concebir un odio acérrimo hacia cualquier empleo.

Al cumplir 7 años, su mamá lo llevó a la escuela –vestido, se entiende–; un golpe de suerte para la familia permitió tamaño dispendio. Su padre murió atropellado por el automóvil de un prominente hombre de negocios y la compañía de seguros pagó. El consejo de la familia decidió que el pequeño Mario acudiera a la

escuela. Pero el pequeño Mario era medio cegato y antes lo llevaron a una beneficencia oftalmológica; de ahí salió con lentes. La familia exageró la nota y lo envió de pantalón corto el primer día de clase. Fue inscrito en el primer año "F"; al verlo entrar en el salón con aquella facha —lentes y pantalón corto—, el más cabrón del grupo apodado Bony, en compañía del segundo más cabrón del grupo apodado Donald, dictaminaron que el "nuevo" no era varón:

—Tú eres puto —afirmó Bony y le quitó sorpresivamente los lentes arrojándolos al suelo.

—Es puto —certificó el Donald y bailó un corto jarabe tapatió sobre los lentes reduciéndolos a añicos.

El pequeño Mario soltó el llanto. Las lágrimas corroboraron el dictamen sumario:

—¿Lo ven? —declaró el Bony hacia los compañeritos—, sólo los putos lloran.

Llorando pasó toda la mañana y moqueando llegó a casa, donde sollozando explicó lo sucedido. Ya no volvió a la escuela ese año.

Al año siguiente, fue equipado del mismo modo. Lo inscribieron en la misma escuela donde lo enviaron al mismo grupo: el primero "F"; y ahí encontró de nuevo al Bony y al Donald, quienes al verlo exclamaron:

—¡Ya llegó el puto!

Le aplicaron el mismo tratamiento antiputos; el Bony le arrancó los lentes y el Donald bailó sobre ellos, esta vez, una rumba.

Su mamá adujo que aun estaba chico para soportar esas majaderías y que debería de permanecer en casa otro año.

Ya de pantalón largo fue inscrito otra vez en la escuela. Al verlo entrar al salón del primero "F", el Bony y el Donald, contumaces repetidores del primer grado, anunciaron a los demás niños:

—¡Ya llegó el puto!

La pesadilla por tercera vez se repitió, la llegada a casa una tragedia, pero esta vez estaba ahí la abuela, quien, informada del caso, increpó al pequeño Mario:

—¿Con que mi nieto es puto, no? ¡Vaya a la escuela, métase en su salón y si le dicen y hacen lo mismo, rómpase la madre con ellos!

El pequeño Mario tenía ya nueve años corriditos y su compleción, pese a la prolongada dieta de café negro con tortillas, era robusta. Además, casi ni necesitaba ya los lentes, pues su desviación óptica ya había sido corregida por la naturaleza.

Muy sorprendidos quedaron el Bony y el Donald al verlo entrar por cuarta vez y en esta ocasión, con un día –no con un año–, de diferencia. Mario Santana se plantó frente al Bony, el más grandullón del par de ojetes y preguntó, retador:

—¿Quién es puto?

—Je je ...miren, ya llegó el pu...

El Bony se tragó el “to” y un diente que, lamentablemente para él, ya no era de leche. El golpe lo rebotó contra el Donald y mientras el Bony escupía un poco de sangre y se palpaba la lengua, Mario Santana desafió al secuaz:

—¿Te quieres sonar, buey?

Sí, el Bony quería sonarse y ambos se trenzaron en una corta pero intensa pelea que no cesó hasta que el abusivo pidió paz.

Así ganó su inscripción en esa escuela Mario Santana, más tarde conocido por el mote de El Balleno. Tres años cursó el primer grado y durante ese lapso fue expulsado 47 veces, *record* inscrito con letras de oro en el salón de la fama del plantel, muy superior a la de sus ya grandes amigos: Bony y el Donald.

Al cumplir 13 años, fue dado de baja por sobrepasar la edad límite. Entonces conoció a Manuel Blanco, el muchacho culto de la cuadra, aquel que no cambiaba sus lecturas por los tragos que ya entonces comenzaban a ingerir los adolescentes de “Artículo”.

Entre ambos nació una indestructible amistad, marcada por el sístole y diástole de sus respectivas aficiones: el Balleno hacia el alcohol, Manuel hacia la cultura. Como es de rigor, triunfó al fin la causa más noble, la del Balleno, pero Manuel no capituló del todo, se refugió en la cultura alcoholizada; entonces el Balleno también supo equilibrar aquella linda amistad dejándose seducir por el alcohol culturizado, estableciéndose entre ambos una perfecta simbiosis. Manuel describía entre trago y trago sus grandes proyectos literarios, la chingona novela que ya había comenzado, algo que haría retorcerse de envidia al cretino de Fuentes y, como Manuel no profesaba esa distinguida aversión al trabajo, ganaba sus billetes formando la página cultural de un diario de segundo orden. Manuel era chaparro, Mario era alto y fornido; las cultas farras de Manuel eran veladas por la potencia muscular de El Balleno; así deambulaban de cantina en cantina, pero muy especialmente iban al Salón Palacio, lugar de periodistas, letrados y periodiqueros donde Manuel era miembro de número de la Liga de Escritores y Artistas Borrachos del Salón Palacio, donde nadie osaba levantarles la voz ni cobrarles adeudos pendientes.

Las botanas en el Salón Palacio eran infames y la atención de Abel, El Chino y Juanito dejaban mucho que desear: por eso la LEAB emigró al Golfo de México, cantina más culta por su vecindad a la librería de Polo Duarte, el bibliófilo mejor informado de la ciudad. Si se le encargaba un ejemplar de la edición 00 de *El Quijote*, Polo Duarte lo conseguía, aunque tuviese que imprimirlo en la vieja máquina de Juan Pablos.

De tertulias y cantinas, Mario siempre salía repleto de bocadillos y alcohol. Cuando le preguntaban a Manuel por su entrañable amigo, respondía invariablemente: El va-lleno y feliz, de ahí surgió tan acertado apodo.

Una tarde, antes de que llegaran los demás cuates, coincidimos el Balleno y yo solos en el "Golfo". Por supuesto, el Balleno desocupado de tiempo completo, jamás traía un peso; le ahorré el esfuerzo de pedirme que pagara una cerveza y ordené dos a Genaro —fue poco antes de que clausuraran el "Golfo" y la LEAB cambiara su sede al "Casino Americano". Entonces para llenar el hueco, al Balleno se le ocurrió contarme aquel episodio de su niñez que tanto lo enternecía: cómo los dos pillastres le hicieron perder dos años de su primaria y luego toda entera. Advertí en él una rica vena literaria y me atreví a descubrírsele:

—¿Por qué no escribes eso?

—Es que apenas sé leer y escribir —confesó.

—No importa —alegué—, sabes que a esta mesa sábado a sábado llegan escritores de todo jaez: en ciernes, consumados, frustrados, triunfadores, costumbristas, realistas, modernistas, infra-realistas, surrealistas y hasta de avanzada. Quizá todos te podríamos ayudar.

—Pero es que no tengo tiempo— arguyó, evasivo.

—¡Claro que lo tienes! Mira, por ejemplo a Gerardo de la Torre; escribió su famosa *Línea dura* en la "Palacio", llegaba apenas abrían a las diez de la mañana y se echaba un capítulo. Cuando los demás entrábamos, ya estaba como si nada, sorbiendo su ron con agua natural. Pero oyéndonos y captando nuestras expresiones, manías, tonterías o aciertos.

—Sí, pero insisto, no tengo tiempo.

—No es eso. Lo que pasa es que tú tienes miedo a perder tu envidiable *record* de desocupado de tiempo completo.

—La mera neta, sí. Ya llevo más de veinte años cuidándome, y no por una pinche novelita, que ni sé escribir, voy a perderlo.

—No mires el quehacer literario como un trabajo deshonroso. El quehacer literario no es rentable, no enajena tu fuerza de trabajo y, a veces ni siquiera un ochavo recibes por él. Trabajar en una novela no es trabajo, propiamente dicho. No tienes patrón, no tienes horario ni sueldo. Y, si alguna vez la novela te produce dinero puedes donar las regalías a la Cruz Roja de perros y así dejar tu honor a salvo.

Mario se me quedó viendo de hito en hito y cuando yo esperaba su enésima negativa, dijo:

—Oye, después de todo no eres tan pendejo como creía. Creo que tienes razón. Escribir una novela no sería afrentoso. Pero, ¿sobre de qué?

—Sobre de la mesa de esta cantina, maestro.

—No, no; quiero decir, ¿qué tema?

—Ya te lo dije, tus experiencias infantiles y las de desocupado de tiempo completo.

El Balleno aceptó la sugerencia y ahí mismo pensamos en su primer capítulo: “de cómo en seis no pasé del primer año”.

El Balleno apenas podía escribir su nombre, de modo que dictó el borrador a Dora Herrera, asidua disfrazada de hombre a la peña literaria del “Golfo” y más tarde a la misma peña instalada en el “Casino Americano”, pomposo nombre de una cantina de cuarta ubicada exactamente en el perímetro de un estratégico cuadrilátero cuyos vértices son “La Prensa”, “El Nacional”, “Excélsior” y “El Universal”. A lo largo de cinco años, Dora tomó al dictado la novela de las “pastas rojas”; cuando concluía un capítulo lo entregaba al Balleno, quien consultaba a cualquiera de los integrantes de aquel cenáculo alcohol-literario para su revisión.

Su decano y poeta Alfredo Cardona Peña, insufló un aliento grandiepico en ciertos capítulos de especial lirismo, salpicándolos de frases como “acuden tus admiradores y consejeros vestidos de brillantes alamedas nocturnas...”

Cuando el ronpoeta Rodolfo Mier Tonché estaba en vena, cosa que ocurría en ocasiones aisladas pero memorables, ponía frases como ésta: “Ha quebrado la tarde sus hogueras sobre el tranquilo sudor de los geranios...”

Ariceaga, el más chamaco de todos, insistió tanto con que se incluyera al Bustrófedon como personaje de fantasía que finalmente el consejo de redacción accedió permitiéndole meter ése y otros bichos raros.

Xorge, experto en noctambulerías licenciosas, pintó de rojo grandes páginas donde se podía leer, por ejemplo : “Antes de que el último lunes prostibulario, llegaran hasta mi casa las golfas para llorar a la noche... ( incendio al lobo de sus nostalgias). Qué mujeres, qué presencias...”

Y así, todos y cada uno ponían algo de su exclusiva cosecha para ayudarle al compañero Balleno, y así la novela fue adquiriendo tintes y matices difíciles de descifrar, exquisiteces idiomáticas a la manera del pulcro y aburrido escritor Fernando del Paso, impecable prosa como la del más aburrido aún Salvador Elizondo, acopio de citas y filosofía personal como la del aperturoso escritor “El Dandy Guerrillero”; capítulos fantasmales había que con gusto hubiese firmado Juan Rulfo; pero no se crea que la novela era un ladrillo infumable, no; el malogrado Jesús Luis Benítez alcanzó a ponerle la mano encima y aligeró todo aquel farragoso estilo “eximio”; pero no bastó, también Manuel Blanco, Xorge, Wong, De la Torre, Colin, López Moreno, Efraín, Parménides, El Zombic, Orlando Guillén, Cáceres Carezo, Otto Raúl, Camelo y yo pulimos, adornamos, metimos, quitamos, limpiamos, fregamos, castigamos y apaleamos severamente el texto hasta dejarlo intachable.

Pero nadie conocía la novela completa, todos habían trabajado un fragmento o algún capítulo, la novela en sus partes dispersas, era difícil de reunir porque siempre alguien olvidaba entregar a tiempo su tarea, hasta que Dora se propuso rescatar su integridad y en unos meses la completó, la pasó en limpio y la mandó engargolar con unas preciosas tapas rojas; la entregó al Balleno, quien en un gesto compulsivo aprovechó un aniversario de Siglo XXI para colocarla subrepticamente sobre el escritorio del director general.

Nunca nos volvimos a acordar de la novela de pastas rojas, de hecho la supusimos un proyecto fracasado o un juego de inteligencias y talentos roto por la abulia; jamás le preguntamos al Balleno cuándo iba a publicarse; cada uno entretenido en su propia obra, luchando por el espacio vital literario que no se abría con la plenitud debida, fuimos olvidando aquel trabajo colectivo impremeditado.

Pero yo vi cuando el Balleno depositó el libro de las pastas rojas en aquel escritorio y, un año más tarde, cuando D’Orphila se puso hasta la madre de whiskey lo recuperó porque al año ya se había arrepentido de haberlo dictado a Dora. Si se publicara, pese a mis lógicos razonamientos en contra, el libro representaría un trabajo, su envidiable historial quedaría trunco, manchado,

ya no podría celebrar su jubileo de plata como desocupado voluntario de tiempo completo y ¡horror! Todo parecía indicar que el libro le había gustado al exigente editor, pues constantemente preguntaba a Del Paso, Arreola, Fuentes, G.Terrés, Elizondo y demás imbéciles que jamás escribían algo como eso, ¿es de usted el libro de las tapas rojas, sin título?; ya quedaban pocos sin interrogar, el Balleno lo sabía, ineluctablemente le llegaría el turno, tal vez sería el último en ser cuestionado y entonces el debería de confesarse autor, identificarse, llenar un contrato, corregir pruebas finas... ¡Maldición!, eso significaba trabajo y eso: ¡Jamás! Entonces, en un momento en que el editor ya veía doble del cabrón pedo que había cogido, el Balleno envió al flacucho Ariceaga y éste escamoteó el libro tan limpia y brillantemente que pareció un acto de magia... o sobrenatural.

Así, el pendejo de D'Orphila y la literatura universal perdieron para siempre la obra más grandiosa escrita en español desde *El Quijote*.